

Karl Hölz

VISIONES LITERARIAS DE MÉXICO.
DESDE EL LUGAR PRIVILEGIADO DE UNA URBE IDEAL
A LA ANARQUÍA DE LA CIUDAD PERDIDA

I. México y el antagonismo topográfico

No solamente en la novela de hoy, como subraya John S. Brushwood¹, la Ciudad de México desempeña un papel eminente que "corresponde a su importancia como punto focal de la nación". Desde los comienzos, es decir, desde las descripciones de los cronistas, la capital se presenta como un espejo de la mentalidad que varía con las diferentes experiencias históricas de sus habitantes. El desarrollo de la formación arquitectónica de México se relaciona íntimamente con una *vision du monde* concomitante, de manera que la organización urbana y la conciencia colectiva se condicionan mutuamente. En este proceso mental, la metrópoli puede asumir una significación plurivalente que abarca a la vez un ámbito político, social, o cultural y hasta moral. Si en este sentido la construcción urbana permite sacar conclusiones sobre el estado mental de la nación, en México se da a conocer una imagen contrastiva. Sabemos que en los siglos XV y XVI, Tenochtitlán, la capital indígena, y México, la capital de los colonizadores, forman un conjunto arquitectónico que está en completa conformidad con las necesidades religiosas o políticas de sus respectivos dominadores. Así la ordenación espacial de Tenochtitlán sigue los principios del culto azteca.² El enlace que hay entre los

1 John S. Brushwood: "Sobre el referente y la transformación narrativa de las novelas de Carlos Fuentes y Gustavo Sáinz", en: *Revista Iberoamericana* 116/117 (1981), pp. 49 - 54, aquí p. 49.

2 Véase al respecto R. van Zantwijk: "La ordenación de Tenochtitlán. La interrelación de dioses, templos, fechas calendarias, direcciones y sitios con grupos sociales en la convivencia capitalina azteca", en: *Wirtschaft und gesellschaftli-*

dioses y los templos, entre el pensamiento mítico y la estructura topográfica de Tenochtitlán revela como la cosmovisión ha determinado la vida urbana. Los testimonios historiográficos de Cortés y Balbuena p. e. recalcaran la importancia de esta interrelación entre el culto indígena y la realidad urbana.³ Además es evidente - y todos los documentos de los cronistas lo afirman - que los templos o sitios sagrados así como más tarde los palacios de los españoles se sitúan en un ambiente geográfico ideal. La fertilidad de la tierra, la zona lacustre con un lago de agua dulce y otro de agua salada, los bosques y montañas y finalmente el clima templado del altiplano han favorecido que se establezca algo como un sistema ecológico en el Valle del México. La expresión proverbial de "la región más transparente" acompaña como un leitmotiv a los diversos elogios de México desde Cortés, Balbuena, Bernal Díaz, Landívar, Manuel de Navarrete hasta Salvador Novo y Alfonso Reyes. Este último evoca, no sin razón, la magnificencia de la Ciudad en el pasado con palabras que resumen la tradición encomiástica de México:

La visión más propia de nuestra naturaleza está en las regiones de la mesa central: allí la vegetación arisca y heráldica, el paisaje organizado, la atmósfera de extremada nitidez, en que los colores mismos se ahogan - compensándolo la armonía general del dibujo. [...]

Dos lagunas ocupan casi todo el valle: la una salada, la otra dulce. [...] En mitad de la laguna salada se asienta la metrópoli, como una inmensa flor de piedra [...].⁴

La armonía entre la naturaleza y la civilización urbana acaba coincidiendo con aquella de la sociabilidad. Nada en la organización económica, en el habla o en los trajes parece indicar la pretendida inferioridad de la civilización indígena:

El pueblo va y viene por la orilla de los canales, comprando el agua dulce que ha de beber [...]. Vagan por los lugares públicos personas trabajadoras y maestros de oficio, esperando quien los alquile por sus jornales. Las conversaciones se animan sin gritería. [...] La charla es una canturía

ches Bewußtsein in Mexiko seit der Kolonialzeit, München 1980. La unidad municipal entre los dioses, mercados y el palacio del emperador está descrita también por A. Reyes: "Visión de Anáhuac", en: *Obras Completas*, tomo II, México 1956, p. 19.

3 Las citas que se refieren a la planificación arquitectónica del mundo indígena se hallan en el prefacio de Ernesto de la Torre Villar a su edición: *La Ciudad de México*, México 1987, pp. XV s.

4 A. Reyes, op. cit., p. 16 s.

gustosa. [...] El pueblo se atavía con brillo [...]. Las caras morenas tienen una impavidez sonriente, todas en el gesto de agradar.⁵

La visión ideal y casi poética del México antiguo contrasta profundamente con las descripciones que nos dan los observadores modernos o actuales. Los datos exteriores ya señalan un cambio radical. Desde los años 40 se hicieron proyectos de industrialización en el D. F. (de México) que deberían provocar resultados fatales para la infraestructura de la capital. La concentración de la industria en el D. F. unida al aparato enorme de la administración gubernamental hizo crecer la población entre 1940 y 1988 de 1,8 millones a más de 20 millones de habitantes. El 32 % del total de las inversiones estatales afluyeron en 1978 al D. F. y determinaron el destino de la capital como monstruo urbano. En el mismo tiempo, el 46 % del total de los valores industriales se efectuaron en el D. F. Un crecimiento incontrolable da a la Ciudad una fisonomía amorfa y produce los resultados de una "Unwirtlichkeit" (hostilidad) como dice Alexander Mitscherlich: explotación de las reservas naturales, disminución de las áreas arboladas o agrarias, contaminación del aire, del agua y la tierra, además de la falta de productos naturales, particularmente la escasez de agua, finalmente el nacimiento de las llamadas ciudades perdidas.⁶ La Comisión de Conurbación del Centro del País hizo esfuerzos inútiles para reducir el proceso de centralización y expansión. El mundo gigantesco posee una autodinámica que parece descuidar las exigencias fundamentales de sus habitantes. Dejando aparte los problemas sociales, la transformación de la Ciudad conduce a una devastación que no ha logrado aprovechar las posibilidades técnicas del progreso civilizador. El mismo propósito de construir centros comerciales, condominios y rascacielos ya no sirve para humanizar la vida humana sino que denota en términos de Carpentier "una arquitectura del Tercer Mundo" o como lo señala Fernando del Paso con

5 Op. cit., p. 18 s.

6 Los citados datos estadísticos y otras informaciones interesantes sobre el desarrollo industrial del D. F. se encuentran en Alejandro Aguilera: "Erfahrungen aus der Städteplanung in Mexiko-City und im Bundesstaat Tabasco. Zur Diskussion über die Verwirklichung von Plänen und Programmen", en: Karl Kohut (ed.), *Die Metropolen in Lateinamerika. Hoffnung und Bedrohung für den Menschen*, Regensburg 1986, pp. 355 - 370; Luis Sánchez de Carmona: "Städteentwicklung in Mexiko-City. Ökologische Probleme und ihre sozialen Folgen: Tendenzen, Perspektiven und Empfehlungen", en: Karl Kohut, op. cit., pp. 371 - 394. - Alexander Mitscherlich: *Die Unwirtlichkeit unserer Städte. Anstiftung zum Unfrieden*, Frankfurt 1965.

respecto a México "la más grande, más enloquecida y más miserable ciudad sobre la tierra".⁷

Las experiencias opuestas de una capital ideal y armoniosa y otra capital monstruosa y desorganizada deben, necesariamente, entrar en la historia literaria de México. Si esbozamos el contraste entre la magnificencia y la fealdad de la Ciudad, tenemos que suponer que en la historia literaria hay un camino largo hasta la visión desilusionada de los tiempos modernos. En este transcurso, dos elementos temáticos se imponen en nuestra perspectiva. El primero concierne al hecho de que desde el siglo XIX, a más tardar, el tema de la nostalgia del mundo perdido ocupa a los escritores frente a las transformaciones que critican. O dicho de otra manera, la descripción de la Ciudad queda enfrentada con el recuerdo del origen de su grandeza. Las alusiones evocatorias que se hallan en la descripción de la Ciudad hacen de la presencia literaria de la capital un fenómeno casi intertextual. Es aquí donde surge la pregunta que en el contexto de la pérdida de las referencias humanas puede ser de primordial trascendencia. ¿Cuál es la función del pasado y cómo puede la historia influir sobre el presente? Con esta pregunta se anuncia el segundo conjunto temático. La forma en que los escritores se definen a sí mismos tiene su origen en su propia comprensión de la Ciudad y se concretiza en sus diferentes actitudes frente a la historia. En la historia literaria de México - ésta es nuestra tesis - se revela también una historia de la mentalidad mexicana.

II. Utopía colonialista y desintegración indigenista

Entre los primeros testimonios documentales de la época del virreinato figuran las *Cartas de Relación* (1519 - 1526) de Hernán Cortés así como la *Historia de la Conquista de Nueva España* (1632) de Bernal Díaz del Castillo. Ambos escritores y conquistadores constatan de igual modo la imagen de la grande y hermosa ciudad de Tenochtitlán. Cortés sucumbe a la majestuosidad y riqueza que se le presenta a la vista de la región del altiplano. Ya la dedicación introductoria al rey de España en los comienzos de su *Segunda Carta* define el tenor constante del elogio a la urbe:

En especial hace relación [el capitán Cortés] de una grandísima provincia muy rica, llamada Culúa, en la cual hay muy grandes ciudades y de mara-

7 Citado en Isis Quinteros: "El mundo que parecía ser nuestro en *Un tal José Sa-*

villosos edificios y de grandes tratos y riquezas, entre las cuales hay una más maravillosa y rica que todas, llamada Tenustitlan, que está, por maravilloso arte, edificada sobre una grande laguna.⁸

Sigue más tarde una descripción detallada de los grandes edificios y mercados (pp. 41 s., 62 s.), de las fértiles huertas, de la ubicación geográfica de Tenochtitlán en la laguna salada y sobre todo se hace el elogio de la organización de la vida urbana. Tenochtitlán, según la conclusión del cronista, no debe temer la comparación con los centros de civilización del viejo mundo. Al contrario, en muchos aspectos, Tenochtitlán parece superar a las ciudades europeas. Bernal Díaz menciona al respecto el palacio central que es mayor que el palacio que se halla en la plaza de Salamanca. Además el autor elogia repetidamente los mercados que "con su concierto y tamaño" son más grandiosos que los de Constantinopla o "de toda Italia y Roma".⁹ Esto puede provocar estupefacción, pero también Cortés no duda en confesar su sorpresa relacionando el espíritu civilizador urbano de los bárbaros indígenas con el de los españoles:

Y por no ser más prolijo en la relación de las cosas de esta gran ciudad [...] no quiero decir más sino que en su servicio y trato de la gente de ella hay la manera casi de vivir que en España; y con tanto concierto y orden como allá y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas (p. 66).

Tales y semejantes juicios expresan sin duda alguna la admiración de los escritores por el lugar sagrado de los aztecas. Pero la alabanza urbana revela algo más, algo que nos informa sobre el espíritu colonialista de los conquistadores. Su perspectiva se nutre de un móvil renacentista del saber y de la dominación. Sin lugar a duda tenemos que mencionar en primer lugar el espíritu mesiánico de la Conquista que anima la descripción de los diferentes cuadros. Títulos como el siguiente revelan el sentido misional:

Cómo pusimos en muy buenas y santas doctrinas a los indios de la Nueva España, y de su conversión, y de cómo se bautizaron y volvieron a nuestra Santa Fe, y les enseñamos oficios que se usan en Castilla y a tener y guardar justicia" (p. 580).

lomé", en: *Texto crítico* 34 (1986), pp. 105 - 117, aquí p. 105.

8 Hernán Cortés: *Cartas de Relación*, México 1985, p. 31.

9 Bernal Díaz del Castillo: *Historia de la Conquista de Nueva España*, México 1986, pp. 172 - 173.

Bernal Díaz no hace aquí nada más que restablecer la superioridad de la civilización española. La excepcionalidad de Tenochtitlán le sirve para celebrar la propia grandeza española. Por eso promete a sus lectores que "las grandezas y riquezas" de Tenochtitlán y México acrecentarán la prosperidad de Castilla (p. 582 s.). La explotación de las minas, ricas en plata, pero también el aprovechamiento de las exuberantes huertas "redundaría", como deja entrever Cortés, "a la imperial corona" (p. 196). Se trata de "perpetuarse" (ibidem) en la gloria del otro, un deseo que Cortés persigue hasta destruir el admirado lugar azteca para sustituirlo por una fundación española. El prestigio de la capital azteca se transfiere a la obra de los nuevos dominadores. Estos dieron pruebas de su voluntad al sobrepasar la antigua grandeza azteca sirviéndose de una técnica especial de destrucción - construcción:

en las obras a unos tomaban las vigas, otros caían de alto, a otros tomaban debajo los edificios que deshacían en una parte para hacer en otra, en especial cuando deshicieron los templos principales del demonio.¹⁰

La suntuosidad de Tenochtitlán forma en un sentido concreto el fundamento de la hispanidad triunfante. A continuación los cronistas Francisco Cervantes de Salazar y Bernardo de Balbuena afirman el carácter español de la nueva ciudad mexicana. Cervantes de Salazar, designado por el ayuntamiento con aprobación real en 1558 como cronista de México, enseñó retórica en la Universidad de la Ciudad. Para sus estudiantes redactó en latín sus célebres Diálogos (1554), tres de los cuales tratan directamente aspectos urbanos: *La universidad de México, Interior de la Ciudad de México, Alrededores de México*. Cervantes sigue el elogio a la "grande y hermosa" Ciudad. Las características arquitectónicas como las plazas, las calles, las casas o los mercados llaman su atención. Todo refleja "regularidad, belleza, disposición y asiento"¹¹ sin tener igual en las metrópolis europeas. Pero si hay un orden arquitectónico, la construcción perfecta de la Ciudad se debe al ingenio de los españoles. Se encomia la magnanimidad de Cortés que tuvo la idea de construir esta Ciudad y se alaban los edificios cerca del Palacio que "pregonan la grandeza del ánimo excelso de su dueño" (p. 28). "Todo México es ciudad", escribe el cronista añadiendo que la dignidad urbana se basa "en la nobleza de sus moradores" (pp. 30 - 31). Cervantes de Salazar llena su descripción de la Ciudad con elementos que confirman su adhesión a la cultura renacentista europea. La realidad más cotidiana y banal se ve ennoblecida,

10 Esta cita de Motolinía se halla en Valle-Arizpe: *Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, México 1946, p. 137.

11 Cervantes de Salazar: *Diálogo I*, citado en Salvador Novo: *Seis siglos de la Ciudad de México*, México 1982, p. 23.

dato que el cronista se deja guiar por un afán supremo: el de dignificar la cultura española en la Ciudad de México.

Este mismo motivo destaca también en la descripción de la perspectiva colonial de Balbuena. Su *Grandeza mexicana* (1603) se nutre de un nacionalismo español. Por consiguiente Balbuena juzga la arquitectura monumental de México en estrecha relación con las intervenciones del hombre europeo. Si México supera en suntuosidad, riqueza, y arquitectura otra vez a los centros conocidos de Europa, como Troya, Roma o Atenas, su prestigio urbano se funda en el hecho de que los valores europeos se trasladaron superlativamente al Nuevo Mundo. México, lugar de un estado superior de cultura, reúne en sí toda una serie de méritos - invenciones, primores, sutilezas, artificios, grandezas, altiveces, presunciones¹² - que son de proveniencia española. La supremacía cultural se visualiza en la arquitectura.

Y admírese el teatro de fortuna,
pues no ha cien años que miraba en esto
chozas humildes, lamas y laguna;
y sin quedar terrón antiguo enhiesto,
de su primer cimiento renovada
esta grandeza y maravilla ha puesto.
¡Oh España valerosa, coronada
por monarca del viejo y nuevo mundo,
de aquél temida, déste tributada!
(p. 121)

Con el punto de vista colonial, la unidad armoniosa de la Ciudad sufre un cambio decisivo. La realidad urbana que se nos presenta es una realidad restringida. En cuanto a Balbuena, salta a la vista que su limitada perspectiva sólo abarca lo que puede interesarle a un visitante español. En su descripción del México colonial, no existen ya los monumentos o fuentes aztecas.¹³ El cronista no refiere exotismos típicos mexicanos ni siquiera en la enumeración de los productos naturales, flores y frutos, o en la mención de la fauna. Se limita a denominar lo que sus lectores españoles ya conocen por su propia experiencia. La ausencia de lo mexicano es un principio que pone en evidencia

12 Bernardo de Balbuena: *La grandeza mexicana*, México 1985, p. 72.

13 El pensamiento colonial de Balbuena está subrayado por C. Christian Chester: "Poetic and Prosaic Description of Colonial Mexico City", en: *Exploration* 9 (1981), pp. 1 - 21; véase también Georgina Sabat-Rivers: "Balbuena: Géneros poéticos y la epístola épica a Isabel de Tobar", en: *Texto crítico* 28 (1984), pp. 41 s.

el espíritu colonial del escritor. Si hace referencia a lo indígena, su juicio asigna a lo mexicano un valor inferior. El "indio feo" no puede participar en la grandeza mexicana (p. 124) y debe por consiguiente buscar su alojamiento lejos de los soberbios edificios señoriales.

Esta diferenciación étnica que se anuncia en la arquitectura de la Ciudad, se confirma con Cervantes de Salazar. Tras los palacios de Cortés y Alvarado, el cronista deja descubrir a sus interlocutores las casuchas de los indios:

Los soberbios y elevados edificios de los españoles, que ocupan una gran parte del terreno, y se ennoblecen con altísimas torres y excelsos templos, están por todas partes cañidos y rodeados de las casas de los indios, humildes y colocadas sin orden alguno, que hacen veces de suburbios, entre las que también sobresalen iglesias de tan magnífica construcción como las otras.¹⁴

Por su falta de orden el mundo indígena forma una anti-ciudad. La inferioridad de los indios se manifiesta material y visualmente en sus humildes casas. La imagen de la Ciudad de México se presenta a los cronistas como la manifestación de una Super-España¹⁵, una España que se construyó a costa de la unidad nacional y con las primeras señales de una oposición social y étnica. Francisco Cervantes de Salazar subraya esta oposición mediante un dualismo que según su manera de ver separa a los españoles de los indios. Mientras los españoles implantan en la Ciudad su aspecto civilizador - con las calles, sus palacios, sus caballos, sus hospitales - los indios representan un estado subdesarrollado - con sus casuchas cerca de las acequias, sus canoas y sus hierbas con las cuales curan los males. La realidad urbana en 1554 se tiñe de un maniqueísmo que según Margarita Peña se compone de los extremos siguientes: "Los españoles, ennoblecidos, respetables, buenos, pródigos. Los indios traicioneros, empobrecidos ensucian los canales, no son de fiar".¹⁶

La suntuosidad de la Ciudad colonial se deshace frente a un proceso continuo de desintegración social y étnica. Las dificultades económicas del siglo XVII no pueden detener esta evolución. Al contrario, la disminución de la producción minera y el descenso de las ventas comerciales hace difícil la actualización de alabanzas tradicionales a la Ciudad. Agustín de Vetancourt

14 Cervantes de Salazar: *México en 1554 y Túmulo imperial*, México 1963, p. 65.

15 Según Yves Aguila: "Représentations de la ville de México et évolution de la conscience créole", en: Joseph Pérez (ed.), *Villes et nations en Amérique Latine. Essais sur la formation des consciences nationales en Amérique Latine*, Paris 1983, pp. 63 - 81, aquí p. 68.

16 Margarita Peña: "La Ciudad de México en los diálogos de Francisco Cervantes de Salazar", en: *Escritura V*, 11 (1981), pp. 125 - 151.

es testigo de como las ventajas ya conocidas de México se relativizan en una nueva experiencia urbana. En su *Crónica de México* (1698) intenta perpetuar el elogio a esta Ciudad que no debe envidiar a los grandes centros culturales y comerciales de Europa. Pero si México incorpora en sí todos los méritos que se atribuyen a Roma, Génova, Florencia, Milán, Venecia, Bolonia, Salamanca o Lisboa¹⁷, la admiración hiperbólica no carece de restricciones agravantes. Vétancourt echa de menos la unidad social y étnica de la Ciudad haciendo constar que la planificación "con orden y concierto" parece haber sido hecha sobre todo para los españoles. Sus calles anchas y sus palacios contrastan con los barrios de los indios, donde "callejones angostos" y pequeñas huertas denotan - contra las importaciones de los dominadores - una pervivencia indígena (p. 44). La imagen arquitectónica de la Ciudad se diferencia de la antigua grandeza hasta el punto de quedar restringido el predominio de lo español. La armonía urbana, obra de la colonización, cede el paso a una fuerza resistente al ímpetu renovador de los vencedores. La gente multirracial en las calles ya anuncia un contraste al orden español: "Hay millares de negros, mulatos, mestizos, indios y otras mezclas que las calles llenan, mucho gentío de plebe [...]" (p. 48).

La simultaneidad de las oposiciones étnicas se agrava en una reacción peligrosa para la hispanidad triunfante. La Ciudad se convierte más y más en un teatro de conflictos sociales que hacen olvidar lo que antes constituyó la riqueza y grandeza de la metrópoli. En el siglo XVIII, Francisco Sedano añade otra causa para explicar la decadencia de esta Ciudad tan elegante en su tiempo. Hace suyo un argumento político de la decadencia del pueblo. Alude a la suciedad y los malos olores que penetran la Ciudad. Ni siquiera la Plaza Mayor, sitio ejemplar de la antigua dignidad, está exenta de la depravación de las costumbres. La fuente que se erigió en 1713 en el centro de la plaza, sirvió al pueblo para limpiar los utensilios de la cocina, los pañales de los bebés o las asaduras, de manera que el agua se cubrió de "grandes costras". A fin de cuentas las condiciones higiénicas empeoraron porque la gente común satisfizo sus necesidades naturales sin respetar "ni lugar ni tiempo".¹⁸

El desorden moral y social pone fin a lo que antes legitimó la superioridad racional de España. La realidad prosaica corrige la imagen ideal de la gran Ciudad confiriéndole rasgos humillantes que las masas urbanas traen

17 El texto de Vétancourt está publicado en Salvador Novo: *Seis siglos de la Ciudad de México*, op. cit., pp. 43 - 53, aquí pp. 52 - 53.

18 Las citas de Sedano se hallan en Valle-Arizpe: *Historia de la Ciudad de México según los relatos de los cronistas*, México 1946, p. 438.

consigo. La crítica más intensa al respecto se la debemos al panfleto de Villarroel titulado *Enfermedades políticas que padece la Nueva España en casi todos los cuerpos de que se compone y remedios que se deben aplicar para su curación*.¹⁹ Villarroel destruye el mito sobre la riqueza de México refiriéndose a la miseria desoladora del pueblo. La polución que afecta la Ciudad hasta al mismo parque de la Alameda es sólo un efecto exterior de la degeneración urbana. El que más pone en duda la hegemonía colonial y el antiguo orden de la Ciudad es el populacho. En los últimos años de la época del virreinato, Villarroel constata la existencia de una masa urbana que se sustrae a las sancionadas normas del cuerpo social. Ve en la masa "un vulgo indómito, atrevido, insolete", o "desvergonzado y vago" (p. 107). Las instituciones políticas y religiosas no son ya capaces de cumplir con sus deberes de educación civil y moral. Culpable, por un lado, del fracaso de la misión educativa es una política de ambición y corrupción. Pero por el otro, el vulgo mismo - "esta fiera indómita" como precisa Villarroel (p. 89) - ya rompió con los lazos de una urbanidad social e hizo de México una anti-polis, una "sentina de vicios y de maldades" (p. 123).

III. Renovación urbana y conciencia nacional

Una secuencia de fases declinantes, desde la grandeza hasta la decadencia moral y social, acompaña la descripción de la capital en la época del virreinato. La idea de la hispanidad, elemento argumentativo de la descripción panegírica de la capital se ve progresivamente debilitada por una contracorriente que toma su origen en las particularidades y diferencias étnicas y sociales. Desde el punto de vista colonial, el progreso o el declive de la excepcionalidad de México estaban estrechamente ligados a la posición superior de los dominadores. En la medida en que hubo una emancipación del substrato mexicano y en que la heterogeneidad étnica puso fin a la influencia dominante de los españoles, la concepción de México como obra extraordinaria de España debió perder su vigencia.

Resulta natural que esta tendencia del ocaso de la capital hispanizada se prolonga con la independencia política de México. La nueva cuestión que se plantea - sobre todo en las filas del movimiento liberal - es la de cómo una conciencia mexicana se puede apoderar de la misión de mantener la supervi-

19 Publicado en 1831 y citado en Águila, op. cit., pp. 75 - 77.

vencia de los valores mexicanos. La dignidad de lo mexicano debe vencer el sentimiento de inferioridad, lastre moral de la dependencia cultural en la época virreinal. El proceso de la emancipación mental que siguió a la independencia política y que acompañará los esfuerzos de un patriotismo a la vez político y cultural²⁰, también deja sus huellas en la crónica de la Ciudad de México. José María Lafragua, escritor y ministro de Relaciones Exteriores durante las administraciones liberales de Comonfort, Juárez y Lerdo de Tejada, redacta su *Historia antigua de la ciudad de México* en 1855. Su tema histórico ya evita la utópica españolización de la Ciudad limitándose a la era anterior a Cortés. El pasado indígena se hace objeto de un estudio que se hace con hondura y ciencia. En la vida de los aztecas el autor descubre un activismo político e intelectual que reclama el respeto del patriota liberal. Lafragua no cierra los ojos ante las crueldades de los sacrificios aztecas, pero revoca o modera su crítica precisando que la religión de los mexicanos fue menos ridícula y menos amoral que la de los griegos.²¹ Los barbarismos que constata en el culto azteca se relativizan tras darse cuenta el autor que existen también en la "cultura Europa" (p. 14). Lafragua se distancia de una postura que formula la superioridad natural de la civilización europea. Por el contrario, evoca el pasado azteca para situarlo en su contexto histórico. El autor provee su cuadro histórico con un valor propio que ya no necesita la superioridad española como antes, en las cartas y relaciones de los cronistas. Por ello, si Lafragua alega como testimonio de la suntuosidad de Tenochtitlán a Cortés y su crónica, su referencia prescinde de las conotaciones colonialistas. Lo descriptivo reprime el juicio apreciativo quedando omitidos los axiomas de la jerarquía cultural:

El templo ocupaba el centro de la ciudad y comprendía con otros edificios anexos el sitio que hoy ocupa la iglesia catedral, y parte de la plaza y calles inmediatas. El muro era tan grande, que según Cortés, cabía en su recinto un pueblo de 500 hogares (pp. 12 - 13).

En los párrafos que siguen, la Ciudad de los templos es descrita detalladamente. La descripción obedece al deseo de Lafragua de presentar el pasado como una fuente de renovación que podría conmover al México de sus días.

20 Nos referimos a los estudios de José Luis Martínez, quien da una completa documentación de las diferentes etapas de la emancipación: "La emancipación literaria de Hispanoamérica", en: *Cuadernos Americanos* 5/6 (1950), pp. 184 - 200, 191 - 209; 2 (1951), pp. 190 - 210. Para México véase Martínez: *La emancipación literaria de México*, México 1955.

21 José María Lafragua: "La ciudad antigua de México", en: José María Lafragua; Manuel Orozco y Berra: *La Ciudad de México*, México 1987, p. 12.

El escapismo histórico que guía el interés del escritor es la respuesta lafragüense a los tristes acontecimientos de 1840 y 1850. Con la política de Santa Anna, México atraviesa una situación grave, tanto en el interior como en el exterior, que divide a los conservadores y los liberales. La situación conflictiva se refleja en los objetivos de educación cívica. Si, según Monsiváis, la crónica en el siglo XIX es fundamentalmente un asunto de los liberales y si por medio de la crónica estos quieren construir una nueva sociedad²², las realidades políticas no permiten una reorganización directa de la sociedad y de la vida urbana. Francisco Zarco, también hombre político y portavoz de los programas liberales de la Reforma de Juárez²³, denuncia sin rodeos la falta de espíritu patriótico. Para él, hacer una crónica actual de la Ciudad de México equivale a un asunto triste. Zarco expresa su desprecio por las convenciones de la sociedad. Las falsedades e hipocresías que descubre hasta en la fisionomía de la Ciudad provienen de una moral insincera y egoísta. Por ello el escritor rompe sus vínculos con la sociedad oponiéndose a ella en la figura del *flâneur*.²⁴ Zarco - como antes Villarroel - introduce en su crítica de la Ciudad el elemento social de la masificación. El *flâneur*, producto de la ciudad populosa, reacciona a la enajenación denunciando los efectos de la uniformidad. En sus estampas costumbristas, Zarco juzga la vida que encuentra en las plazas y calles de México desde una perspectiva moralista:

Toda esa multitud de gentes que abandonando sus casas se reúnen en las plazas y en las calles, parecen haber convenido tácitamente [sic] en mostrarse unas a otras la mayor indiferencia y aun algo de desdén [...] Se encuentran, apenas se miran, ciudan de no tocarse, y pasan sin hacer caso.²⁵

22 Carlos Monsiváis: "De la santa doctrina al espíritu público. Sobre las funciones de la crónica en México", en: *Nueva Revista de Filología Hispánica* 35,2 (1987), pp. 753 - 771, aquí p. 754.

23 Véase el estudio informativo de Raymond C. Wheat: *Francisco Zarco: El portavoz liberal de la Reforma*, México 1957.

24 Es evidente que Zarco sufre la influencia de modelos españoles y franceses cuando adopta la postura del *flâneur*. Lo que debe a Larra, Jouy, Garvarni, Grandville o Mercier se encuentra en el estudio de K. Hölz: "Gesellschaftliche Entfremdung und ästhetische Kommunikation. Der mexikanische Reformdenker Francisco Zarco (1829 - 1869) und der ideengeschichtliche Kontext der europäisch-französischen Sozialthematik", en: K. Hölz (ed.), *Literarische Vermittlungen. Geschichte und Identität in der mexikanischen Literatur*, Tübingen 1988, pp. 1 - 25.

25 Francisco Zarco: *Escritos literarios*, México 1980, p. 163.

El aislamiento y el desdén egoísta dominan la vida urbana. Además hace falta una orientación social, ya sea moral o espiritual, que confiera unidad a la sociedad urbana. El conjunto deforme, heterogéneo,²⁶ que constata el escritor en todos los niveles, se expresa directamente en el movimiento desordenado de los "transeúntes":

Los transeúntes en una ciudad son la imagen de los transeúntes por el mundo. La vida no es más que una peregrinación que concluye cuando menos lo esperamos. Cada cual corre en pos de algo que no encuentra jamás; trabajos, estudio, pasiones, odios, agitación, esperanzas, y todo, ¿para qué? (*Escritos*, p. 168).

La complejidad de la Ciudad, ya anunciada en la diferenciación social y étnica a finales de la época virreinal, se vuelve global. Comprende ahora a ricos y pobres, a libertinos y religiosos o a negociantes y paseantes. La Ciudad cae en un *caos general* (p. 173) simbólicamente visible en la hora del crepúsculo.

Y esta hora de crepúsculo es la hora de nuestra época, de nuestra generación escéptica, de nuestro carácter incierto, de nuestra existencia dudosa (p. 172).

Zarco combina la crítica a la Ciudad con una crítica a la sociedad y sus representantes políticos. La confusión en la Ciudad reproduce la confusión en las pasiones. Para librarse del estado moribundo, Zarco recomienda medidas concretas. Su escepticismo no le hace recurrir a un pasado más feliz sino que se vale de los axiomas idealistas de los reformistas liberales. Zarco cree en la posibilidad de "un progreso de la humanidad" (*Cast.*, p. 57) y apoya su esperanza con argumentos que halla entre otras cosas en la filosofía social de Saint-Simon o Eugène Sue. Hace falta terminar con el mundo "positivo, real y material" (p. 48) dándole al pueblo una educación que lo capacite para definirse como sujeto político. No es este el lugar apropiado para exponer las ideas políticas de Zarco²⁷, pero es importante citar su concepto idealista del pueblo. El pueblo, según Zarco, no tardará en realizar la anhelada mejora de la humanidad:

El pueblo será grande, imperecedero, indivisible y feliz, el día que se unan todos los que trabajan, y todos los que discurren; los que desean el bien de todos sin querer el mal de uno solo. El pueblo entonces no será engañado, ni vendido; el pueblo será fuerte y justo, y se gobernará a sí

26 Francisco Zarco: *Castillos en el aire y otros textos mordaces*, México 1968, p. 73.

27 Para más informaciones, véase las obras de Wheat y Hölz, op. cit.

mismo, sin trabajar para tiranos audaces, sin sacrificarse por locas ambiciones (*Cast.*, p. 107).

La visión futurista del pueblo se lee como un bosquejo que contrasta con la experiencia de la realidad urbana. Como reformista y pintor de la Ciudad de México, Zarco hace uso de una visión utópica del pueblo para reanudar su grandeza, esta vez llena de rasgos mexicanos. Cuéllar y Altamirano aprueban en este punto los fines de Zarco. También ellos se sienten víctimas de una política errónea que da su cuño a la vida cotidiana de la Ciudad de México. Si Altamirano retrata a la Ciudad, su descripción se nutre de indignación o depresión. Ya no hay nada que permita comparar a México con los grandes modelos de la civilización europea. La crónica de la Ciudad obliga al escritor a olvidar sus sueños del progreso civilizador. Aun cuando en el Zócalo o la Avenida de Plateros existen lugares atractivos llenos de vida palpitante, el resto de la Ciudad respira una atmósfera cuya provincialidad recuerda a los tiempos pasados del virreinato.²⁸ La reminiscencia española recibe una connotación de retroceso que se precisa al dirigir el cronista su mirada "más allá del Zócalo y de Plateros":

la anémia, la melancolía, los murmullos prosaicos, el hormigueo de los pobres, la pestilencia de las calles desaseadas, el aspecto sucio y triste del México del siglo XVII, las atarjeas asolvadas, los charcos, los montones de basura, los gritos chillones de las vendedoras, los guñapos, los coches de sitio con sus mulas éticas, y sobre todo esto, pasando a veces un carro de las tranvías como una sonrisa de la civilización; iluminando ese gesto de la miseria y de la suciedad (p. 82).

La promesa española de la grandeza mexicana se ha convertido en una prueba de la miseria social y moral de la Ciudad. La renovación nacional de Altamirano emplea los argumentos patrióticos del anti-españolismo. Pero al mismo tiempo los mezcla con la crítica romántica a la civilización urbana. El "retour à la nature" impregna a la crítica urbana y localiza las esperanzas reformistas en otro sitio no-urbano. La provincia se ofrece como el nuevo lugar del escapismo utópico. Para huir de la "fangosa y escabrosa Ciudad de México" basta tomar el tren de México a Texcoco, pueblo ubicado a unos 45 kms de la capital, y ver sustituida la "aglomeración de edificios abigarrados" de México por otra estructura provinciana y graciosa:

la belleza y la gracia de la ciudad se han refugiado en la calle Real que hoy se llama de Hidalgo. Efectivamente, esta calle es hermosa y larga;

28 Ignacio Altamirano: "La vida de México", en: *Obras Completas*, tomo V, México 1986, pp. 79 s.

más bien es una avenida cuya vista alegra al visitante. Es larga, tirada a cordel y está formada por casas muy bien construídas, de la forma que hemos descrito, pero sólidas, amplias, agradables, hoy pintadas de nuevo, y embellecidas casi todas con jardincitos, huertos o por lo menos con numerosas macetas de flores que se muestran en los patios llenos de luz (p. 290).

La oposición topográfica entre la provincia y la capital es fundamental. No es una casualidad que Altamirano sitúe a sus protagonistas ideales, los cuales actúan según las ideas de las reformas liberales, en un ambiente provincial.²⁹ Con la provincia - para Altamirano, en síntesis, la población de Texcoco - se asocia el anhelo por una tradición original de lo mexicano. La Ciudad es el sitio de la corrupción de este ideal de pureza. También la polución, que a partir del siglo XIX no cesa de caracterizar las dificultades de la capital, se concibe en este sentido figurativo. Sobre todo en su significado moral afecta a la vida en la capital. José Tomás de Cuéllar muestra con su novela *Los fuereños* como el viaje de la familia Ramírez a la capital mexicana perturba la paz conyugal de los viajeros. Su novela describe la colisión entre la sociedad rural y metropolitana acentuando las fuerzas corrosivas de la Ciudad. Una oposición sistemática entre ciudad y provincia, corrupción e integridad moral, modernidad y tradición estructura los sucesos hasta el punto de otorgarle un tono caricaturesco a la intención crítica del narrador. Rafael Delgado prosigue la comparación contrastando en su novela *Los parientes ricos* la vida alegre y casta de Pluviosilla con la vida "tan frívola y vanidosa" de México.³⁰ Si la capital hace parecer en su "cenagal pestífero" (p. 417) "tantas y tantas almas generosas", la ciudad de la provincia es un refugio casi paradisiaco:

paréceme Pluviosilla una beldad agreste cuyos encantos y cuya nubil lozanía piden galas y adornos para lucir y triunfar. Ciudad muy linda es esta, muy favorecida por el cielo (p. 51).

La Ciudad, "feria de vanidad y de miserias deslumbrantes" (p. 156) no es ya digna de admiración. Perdió su grandeza porque sus habitantes fracasaron moral y políticamente. La masificación de la capital causa la decadencia moral. Esta última sólo se domina recurriendo los escritores a una nueva idealidad que buscan en un escapismo histórico, utópico y provincial. Por diferentes que sean los modelos reformadores propuestos, en su visión renovadora

29 Véase p. e. el cuento *La Navidad en las montañas*. Remitimos también a la investigación de K. Hölz: "El populismo y la emancipación mental en la literatura mexicana del siglo XIX". El artículo aparecerá en *Literatura Mexicana*.

30 Rafael Delgado: *Los parientes ricos*, México 1985, p. 78.

predomina un elemento mexicano que da el impulso a la nueva orientación de la sociedad urbana. La doctrina nacional de la literatura del siglo XIX ha transmitido sus leyes de autodefinición patriótica a la experiencia urbana. De esta manera se emancipa la imagen de una capital ideal de modelos europeos y se transfiere hacia un constructo de la historia, del pueblo y de la tradición mexicana.

IV. El colonialismo y la supervivencia del pasado

A comienzos del siglo XX una nueva tendencia nacionalista se apodera de la literatura y de las artes. La Revolución Mexicana fue motivo para despertar en los escritores una conciencia particular. Esta ahondó la perspectiva de la tradición nacional diferenciándola del tradicionalismo costumbrista de la generación anterior. Nace una literatura del llamado colonialismo que en un acto evasivo se libra de la confusa realidad de su tiempo para dirigirse hacia un mundo más estable y apacible. La inversión en lo autóctono se asocia esta vez con un criollismo que se practica en el idioma, la arquitectura y los escritos literarios. Cuando Artemio de Valle-Arizpe publica en 1918 su libro *La gran ciudad de México - Tenustitlán, perla de la Nueva España, según relatos de antaño y de hogaño*, el título ya indica que al escritor le importa evocar la pasada grandeza de un México virreinal. El mismo autor confiesa su españolismo:

El colonialismo para mí fue una sustitución. Vivíamos los años tremendos, desastrosos de la Revolución. Como era imposible conseguir la tranquilidad con los ojos puestos en el hoy, le di la espalda al presente y me instalé en los siglos de la Colonia. Fue indudablemente lo que ahora llaman acto evasivo.³¹

Por consiguiente, la crónica de la Ciudad de México vuelve a descubrir lo que antes fascinó a sus admiradores. Valle-Arizpe realiza su propósito vitalizando la tradición colonial dentro de sus descripciones urbanas. Así como la teoría del colonialismo propaga la alabanza del pasado y el menosprecio del presente, sus relatos tienen su origen en una referencia precisa al México actual sobreponiendo la topografía concreta de la Ciudad con otro elemento

31 Arizpe en una entrevista con Carballo, citado en Emmanuel Carballo: *Protagonistas de la literatura mexicana*, México 1986, p. 191.

imaginativo. En su *Historia, tradiciones y leyendas de calles de México*, título y subtítulo revelan el procedimiento de la experiencia fantástica de la Ciudad:

Por el aire vino, por la mar se fue.
Leyenda de la Plaza Mayor, luego Plaza de
Armas, hoy de la Constitución, llamada
generalmente Zócalo.³²

El duende del lugar penetra en la fisionomía actual de México confiando una realidad legendaria, mágica e histórica a sus calles. Ramón López Velarde, otro representante de la retrospectiva criolla, cumple con el postulado de prolongar hacia el pasado la reivindicación de lo propio escribiendo su poema encomiástico "La suave Patria". El poeta no excluye la capital cuando canta a la "impecable y diamantina Patria". Su amor y creencia en la grandeza de México se muestra en su exhortación final: "sé siempre igual, fiel a tu espejo diario".³³ Posteriormente Octavio Paz se opondrá a la rigidez histórica de Velarde.³⁴ Pero el espíritu dominante de la época exige esta referencia al pasado. Alfonso Reyes le dedica a este retorno a los orígenes su ensayo *Visión de Anáhuac* del año 1915. Celebra la belleza del Valle de México, menciona la vegetación y describe la vida civilizada y armoniosa de la capital, dominada por el Palacio. La mirada nostálgica de Reyes abarca todo lo que antes fascinó a cronistas como Cortés o Bernal Díaz. Las citas que hace al respecto son reveladoras. Reyes recuerda su país como un nativo pero lo descubre - al igual que los cronistas precedentes - como un extranjero. Su intención es expresar el asombro frente a la riqueza cultural de México, como si la contemplaría por vez primera y con los ojos de un viajero español. Esta disociación de la perspectiva sigue un plan cuyas implicaciones educativas se mencionan al final. Los testimonios históricos y las citas que estructuran el texto³⁵ manifiestan la voluntad del ensayista de revivir el pasado a la manera

-
- 32 Op. cit., México 1985, p. 49. Otros libros de De Valle-Arizpe que evocan la época virreinal son: *Del tiempo pasado*, Madrid 1932; *Virreyes y virreynas de la Nueva España* (primera y segunda serie), México 1933; *Historia de la Ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, México 1946.
- 33 López Velarde: *La suave Patria y otros poemas*, México 1979, pp. 156 s.
- 34 Octavio Paz: *Las peras del olmo*, México 1974, p. 74.
- 35 Una documentación de las citas que hace A. Reyes se halla en James Willis Robb: "En busca de la región más transparente del aire de Alfonso Reyes", en *Escolios* 4 (1979), pp. 13 - 24.

de los cronistas: haciendo de México una utopía del Viejo Mundo.³⁶ Bajo los dictados de una cultura criolla, Reyes define la realidad urbana anclándola en el pasado heroico de la Conquista. Y esto no sólo en un sentido romántico como lo sugiere una alusión al poeta Keats, sino en un sentido de interacción entre el presente y el pasado. Reyes piensa en un principio de "intra-historia" como Unamuno lo presupuso para la renovación de España³⁷ y como ahora el reformista mexicano lo recomienda a sus compatriotas. Así "la región más transparente" que el ensayista quiere presentar³⁸ se compone de recuerdos que se mantienen hasta el presente. De este modo el esplendor histórico de los tiempos aztecas adquiere un valor actual:

Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese [...], nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domar nuestra naturaleza brava y fragosa; esfuerzo que es la base bruta de la historia (p. 34).

El pasado glorioso de Tenochtitlán recibe en la actualidad una función renovadora, dado que "la emoción histórica es parte de la vida actual" (p. 34). Bajo este plano, resulta lógico el que Salvador Novo re-escriba el tratado de Balbuena, titulado ahora *Nueva grandeza mexicana* (1946). Novo imita su modelo siguiendo la trama de sus argumentos y refiriéndose además a la situación de los paseantes en el diálogo de Francisco Cervantes de Salazar. Nuevamente las citas estructuran el texto y evocan el glorioso pasado de la capital. Pero al repetir una escenificación eficaz de la admirable capital, no todo lo que los amigos encuentran en su paseo se integra en su imagen ideal de la Ciudad. Mientras buscan un ejemplo sobresaliente para el "origen y [la] grandeza de edificios", su reacción frente al "noble" Palacio de Minería es ambivalente. El lugar arquitectónico carece de unidad estilística y además sufre las modificaciones de una política de poco alcance:

Frente a la pureza de Minería - pureza neoclásica -, el italianizante Palacio de Comunicaciones no pareció a mi amigo tan bello, ni el vecino Correo. Dio a ambas de obras bárbaras de un porfirismo ciego ante la validez de la tradición arquitectónica mexicana, hija renacentista, pero directa [...] de la española, y no necesitada, para evolucionar biológicamente, de

36 Véase Alfonso Reyes: "Utopías Americanas", en: *Obras Completas*, tomo XI, pp. 95 - 102. También Henríquez Ureña: *La Utopía de América*, Caracas 1978, pp. 3 - 8.

37 Véase p. e. Unamuno: "La tradición eterna", en: Unamuno, *Ensayos*, Madrid 1966, tomo I, pp. 23 s.

38 Alfonso Reyes: "Visión de Anáhuac", en: *Obras Completas*, México 1956, tomo II, p. 13.

los injertos anafilácticos, postizos y por ello rápidamente desechados y sin arraigo, de los estilos europeos que propagó un siglo XIX culminado [...] en la Torre Eiffel, y culpable de que se fabricaran en México casas con mansarde y techos inclinados de lámina repujada para recibir la nunca advenida decoración de la nieve.³⁹

Novo no pierde oportunidad para observar una diversidad desorientadora de estilos en la arquitectura de la Ciudad. La urbanización moderna no sólo destruye bosques y jardines, sino que además produce una alienación de los habitantes. La buena tradición mexicana llega a la posteridad valiéndose de un mestizaje de proveniencia española. Dos peligros se presentan en la arquitectura de la capital poniendo trabas a un desarrollo orgánico y unificador de México. El primero se debe a la ya mencionada historia porfiriana con su afán afrancesado, el segundo reside en la pérdida de individualidad. La conocida trinidad de la arquitectura moderna traduce esta falta de una conciencia propia en las iglesias, los palacios porfirianos y los rascacielos. La arbitrariedad de la arquitectura resume en sí otra heterogeneidad que impide a México definirse como nación homogénea: "convivimos hoy en México gentes que añoran la Colonia, que suspiran por don Porfirio, y que se enorgullecen de alojarse en un rascacielos" (p. 254).

En contraposición a su grandioso origen, México se ha vuelto hoy una Ciudad sin palacios (p. 255). La nueva grandeza aludida en el título sólo se halla visiblemente en unos cuantos lugares resistentes a la urbanización moderna. De aquí resulta la tarea mexicana de: "sobrevivir a costa de transformarse" (p. 256). Como A. Reyes y Velarde, Salvador Novo opone a la dinámica moderna de una transformación desarreglada un constructo histórico de un pasado renovado. Aquí reside otra grandeza no visible que se comunica prolongando un concepto tradicional de urbanidad. Como en la antigua Ciudad de los palacios la vida privada estaba relacionada con una unidad municipal en la cual el templo de los dioses, el mercado y el palacio del emperador se completaban mutuamente⁴⁰, esta misma dialéctica entre la vida privada y la vida colectiva deberá ordenar los procesos sociales en la nueva Ciudad. Si actualmente la heterogeneidad mental y arquitectural caracteriza la vida urbana, la disociación y enajenación inminentes se superan gracias a la "cooperación" entre experiencia individual y función pública (pp. 260 s.). Con S. Novo, el problema de la disociación mental y social vuelve a ser un problema de importancia esencial. Su enfoque modernista consiste en definir

39 Salvador Novo: *Antología. 1925 - 1965*, México 1979, pp. 246 s.

40 Aquí revive el constructo unitario de la sociedad azteca. Véase también Reyes, op. cit., p. 19.

la Ciudad por su variedad y movilidad. Pero su comprensión modernista de la capital no le impide a Novo hacer uso de una perspectiva retrógrada. Para fundar la coexistencia unificadora de lo heterogéneo, Novo perpetúa la historia. La intra-historia todavía tiene su validez al dotar a toda la Ciudad con un sueño común - sin considerar ni etapas históricas ni contrastes:

Bajo los techos de aquella ciudad; en el llanto del recién nacido, en el beso del joven, en el sueño del hombre, en el vientre de la mujer; en la ambición del mercader, en la gratitud del exiliado; en el lujo y en la miseria; en la jactancia del banquero, en el músculo del trabajador; en las piedras que labraron los aztecas; en las iglesias que elevaron los conquistadores; en los palacios ingenuos de nuestro siglo XIX; en las escuelas, los hospitales y los parques de la Revolución, dormía ahora, se perpetuaba, se gestaba, sobrevivía, la grandeza de México (p. 267).

S. Novo cree en la "esencia inmortal" de la capital. En su libro *México, imagen de una ciudad* (1967) - una serie de comentarios poéticos con fotos de Pedro Bayona - la técnica de asociar los cambios decisivos de la capital con el fondo invariable de su alma se percibe desde las primeras hasta las últimas páginas. A pesar de las diferencias que hay entre la ciudad lacustre y la capital moderna de los automóviles, una disposición mental de los habitantes da vida a lo que el autor llama la "imperecedera ciudad".⁴¹ El "panal inmenso" de la Ciudad no pone trabas a la continua producción de "la miel de su grandeza" (p. 27). Moralmente - en la esperanza de los pobres y humildes trabajadores (p. 27) - y étnicamente - en la preservación de su ser prehispánico y mestizo (p. 103) - se da a conocer una continuidad hasta en las mudanzas de la capital. La destrucción de los palacios y de las ruinas ha sido total, pero todavía se puede alzar la vista para "contemplar las nuevas pirámides de cristal y aluminio" (p. 38). S. Novo está convencido que lo moderno y lo tradicional no se excluyen. Hallan su fuerza de integración en un mestizaje común que S. Novo reduce aquí al elemento más abstracto de la intra-historia:

41 Op. cit., p. 14. - S. Novo escribió toda una serie de crónicas de México en las cuales destaca el interés del autor por los fenómenos actuales y a la vez históricos: *La vida en México en el período presidencial de Lázaro Cárdenas*, México 1964; *La vida en México en el período presidencial de Manuel Avila Camacho*, México 1965; *La vida en México en el período presidencial de Miguel Alemán*, México 1967. - *La ciudad de México del 9 de junio al 15 de julio de 1867*, México 1967; *México. Fotografías de Rodrigo Moya*, México 1968; *Un año, hace ciento; la ciudad de México en 1873*, México 1973.

Cambia [scil. la capital] su rostro: pero al impulso de un corazón inalterable que le dio el ser, la vida, desde hace seis siglos. Y desde aquel remoto origen, su sino ha sido el de desposar las mutaciones de su espacio con el transcurso del tiempo: cambiar su forma; pero no su esencia (p. 37).

V. Ciudad amorfa y sin memoria

La capital tiene una memoria que funciona como garante de un mestizaje unificador. En las últimas décadas de nuestro siglo, con el conocido desarrollo de México en una megalópolis sin forma ni carácter, la fe en una fuerza organizadora resulta cada vez más difícil. Arturo Azuela siente la nostalgia de un mundo perdido e ideal, pero considerando las transformaciones que ha sufrido la Ciudad de México en los últimos años, reconoce su muerte.⁴² La continua destrucción del pasado se debe a la falta de planificación, visible en el desorden humillante de los barrios marginados. Esta destrucción produce un vacío todavía extraño a Reyes o a Novo: "Al caminar por la ciudad, hay momentos en que no hay donde apoyar un solo recuerdo". La Ciudad se convierte en un lugar devorador que confronta a sus habitantes con lacras sociales que son: "analfabetismo, carencia maternal, atropello causado por el poder dominante (ejército, gobierno, grupos financieros), violencia, alcoholismo, abandono espiritual".⁴³

Los cambios inhumanos ponen al descubierto una moral bárbara a la que Agustín Yáñez dedica su novela *Ojerosa y pintada* (1959). Su visión urbana no comparte más las esperanzas de antes que veían a la Ciudad como el posible lugar de un estado cultural superior. La cita de López Velarde, que Yáñez emplea tanto en el título como en el epígrafe de su novela, se convierte en una reminiscencia irónica y vana. Y cuando al final el viejo general revolucionario muere exhalando sus últimas palabras: "grandeza ... México", la idealidad evocatoria de México desaparece definitivamente con él. "La vida

42 Arturo Azuela: *Un tal Salomé*, México 1975. Véase también el artículo de Isis Quinteros: "El mundo que parecía ser nuestro", en: *Texto crítico* 34 (1986), pp. 105 - 117.

43 Citado en Quinteros, op. cit., pp. 105 y 116.

es irreversible y fatal" reconoce uno de los protagonistas.⁴⁴ La desilusión afecta a los personajes confrontándoles con la ruptura insuperable del pasado:

El crecimiento enorme de la ciudad, sin ton ni son, ha hecho de México un conjunto monótono y vulgar. Miren: qué casas, y así uno puede recorrer kilómetros y kilómetros. Todas cortadas por el mismo patrón. Antes, cuando la ciudad era pequeña, bastaba dar unos cuantos pasos para encontrar un edificio soberbio, que llamaba la atención. Por algo se la llamó la ciudad de los palacios (p. 78).

Las citas de la novela no sirven sino para acentuar la oposición entre pasado y presente. La continuidad es sustituida por discontinuidad. Yáñez escogió para su novela una estructura que expresa el movimiento desordenado y arbitrario de la Ciudad. En un collage de escenas cortas nos presenta a un taxista que conduce un gran número de pasajeros: pobres, ricos, malos, buenos, comerciantes, artistas y políticos. Dentro de esta variedad de personas y opiniones se da a conocer una sola experiencia del ser colectivo, que el "historiador", "filósofo", "confesor", "juez" y "profeta" de la segunda parte de la novela comenta con un tono sarcástico. Esta figura - muy parecida en su mítica capacidad visionaria a Lucas Macías en *Al filo del agua* - anuncia la "verdadera" historia de la Ciudad "cada vez más grande, más turbia, más difícil de comprender" (p. 108). Para cumplir con su tarea recurre a una "filosofía del canal", que en un "panorama subterráneo" abarca todas las trivialidades y vanidades de la vida urbana (p. 109). Si la vida, según una metáfora de Jorge Manrique, es un río que desemboca en el mar, Yáñez deforma esta imagen (p. 105). Su filósofo hace referencia a los ríos de deposición, dando de esta manera expresión a su idea de una nivelación desilusionante de los seres humanos:

allí la corriente arrastra los desperdicios fisiológicos del presidente de la República y del arzobispo juntos, igualados con los de los infelices presos soterrados en la penitenciaría, con las de las actrices más cotizadas [...] (p. 109 s.).

Un nihilismo cínico destruye las ideas de grandeza por ficticias que sean. Cabe destacar que el profeta predica el axioma bíblico según el cual todos los hombres son iguales frente a Dios. Pero en el conceptualismo del desagüe, la igualdad pierde todo valor de una justicia divina. La igualdad se reduce a un efecto puramente fisiológico. Así como el desagüe hace nula la nobleza del

44 Agustín Yáñez: *Ojerosa y pintada. La vida en la ciudad de México*, México 1985, p. 61.

hombre, el canal arrasa consigo lo sobresaliente de la Ciudad. La ley de la mudanza ha dejado tristes huellas en el canal subterráneo:

sitios, edificios que desaparecen y son sustituidos por otros mejores o peores, según las épocas, y me llega la misma tristeza del desagüe: cuántas casas, cuántos palacios, iglesias, plazas, calles, monumentos cargados de recuerdos, de historias públicas y privadas he visto desaparecer, de un día para otro (pp. 114 - 115).

La experiencia urbana culmina en el desengaño barroco. Todo el mundo subterráneo se vuelve "polvo, sombra y nada" (p. 115). Finalmente la inestabilidad de la Ciudad es motivo para el profeta de hacer una "interpretación escatológica" (p. 117). Contempla las aguas negras como si leyese las páginas del Apocalipsis (p. 114). La memoria perdida de la Ciudad ha causado su propio ocaso y limita la existencia urbana a la vida desesperada de las ciudades perdidas.

En lo que concierne a la atmósfera opresiva de la Ciudad, Carlos Fuentes tiene mucho en común con Agustín Yáñez.⁴⁵ También el autor de *La región más transparente* (1958) o *Agua quemada* (1981) no deja de remitirse a la Ciudad abominable. México, según él, es un centro de miseria económica y moral. Como lugar del caos, del desconcierto y de la enajenación, la capital refleja la realidad social del país. Del mismo modo que Yáñez, Fuentes ha recurrido a una estructura narrativa especial para dar una forma expresiva a la complejidad desconcertante de la Ciudad. Con ayuda de citas textuales, enumeraciones, reiteraciones, digresiones filosóficas, políticas o ideológicas, y finalmente con una poligrafía que mezcla lo narrativo, descriptivo y poético, Fuentes formaliza la oprimiente pluralidad de la capital. La multiplicidad de facetas se reduce, como en Yáñez, a unas cuantas características de la vida urbana. Los valores que destacan en la comunidad social, son cinismo, búsqueda de poder económico y político, esnobismo intelectual y desprecio por todo lo mexicano. "Qué le vamos a hacer." Con esta constatación de tipo leitmotiv a comienzos y a finales de la novela, la búsqueda de un sentido mexicano se lanza en medio del laberinto ciudadano. Las respuestas dadas en la tradición literaria, respuestas citadas por Fuentes en su novela, ya no tienen vigor. Ni Cortés, ni Bernal Díaz, ni Balbuena, ni siquiera Alfonso Reyes figuran como autoridad cuando se trata de integrar los miembros disyuntivos del ser mexicano.⁴⁶ Al igual que en Yáñez, el mentís a las citas se debe a una

45 Las afinidades, las subraya Antonio Marquet en su estudio "Ojerosa y pintada y la Región más transparente. Dos visiones de la ciudad de México en los años cincuenta", en: *Plural* 17 (1987), pp. 22 - 31.

46 Carlos Fuentes: *La región más transparente*, Madrid 1986, p. 396.

ruptura aparentemente decisiva entre pasado y presente. La novela *Agua quemada* evoca esta discontinuidad repetidas veces. La oposición de "antes" y "ahora" acompaña a una serie de experiencias que es provocada por las contradicciones de la misma capital: los palacios y los rascacielos, el orden y la anarquía, la pureza y la polución, la tranquilidad y el ruido, y por último la esperanza y la desilusión no permiten la percepción de una continuidad en la vida urbana.⁴⁷ Hasta en la experiencia del desagüe se establece en Fuentes un paralelismo temático con Yáñez:

Le daba vergüenza que un país de iglesias y pirámides edificadas para la eternidad acabara conformándose con una ciudad de cartón, caliche y caca. Lo encajaron, lo sofocaron, le quitaron el sol y el aire, los ojos y el olfato (pp. 72 - 73).

En *La región más transparente* se discuten diferentes modelos de supervivencia en una situación caótica. Una reacción al cambio brutal de la capital y la sociedad mexicana consiste en negar la historia e introducir un ánimo de lucro en el presente. Esta traición al pasado, es llevada a cabo por Robles, antes revolucionario. En cuanto financiero y magnate moderno obedece a una sola máxima: aumentar y justificar su riqueza personal. Defiende varias tesis capitalistas dado que el bienestar económico es su última pauta. No le importa buscar una conciencia propia de lo mexicano y solidarizarse con un movimiento colectivo capaz de cubrir las necesidades nacionales. Hasta propone imitar modelos extranjeros para crear una clase privilegiada de patrones y poseedores. El movimiento de la revolución se pervierte al quedar reducido con Robles a una verdad exclusiva:

Aquí no hay más que una verdad: o hacemos un país próspero, o nos morimos de hambre. No hay que escoger sino entre la riqueza y la miseria. Y para llegar a la riqueza hay que apresurar la marcha hacia el capitalismo, y someterlo todo a ese patrón. Política. Estilo de vida. Gustos. Modas. Legislación. Economía. Lo que usted diga (p. 393).

El que se opone a estas detracciones de una conciencia mexicana, es el intelectual Zamacona. El aboga por la penetración de un pasado en condiciones de resolver los problemas contemporáneos. El dinamismo ciego de Robles se pone en dudas mediante una postura de síntesis por parte de Zamacona. Definir el presente incluye conocer el pasado y hallar soluciones prácticas para los problemas actuales de México significa aplicarlas en compatibilidad con la "sustancia cultural y humana de lo mexicano" (p. 396).

47 Carlos Fuentes: *Agua quemada. Cuarteto narrativo*, México 1981, p. 51 y 71.

Un caso extremo de esta integración del mexicano y del pasado en la vida actual de la Ciudad, se presenta en la figura central de Ixca Cienfuegos. El protagonista reúne en sí el espíritu de la Ciudad adoptando rasgos de una entidad múltiple. En su figura revive el antiguo deseo de reanudar un pasado perdido. Lo prometido por el concepto de la intra-historia se realiza en las mutaciones de Ixca:

[...] Cienfuegos era, en sus ojos de águila y serpiente de aire, la ciudad, sus voces, recuerdos, rumores, presentimientos, la ciudad vana y anónima [...], era los rascacielos de vidrio y las cúpulas de mosaico y los muros de tenzontle y las mansardas, era las casuelas de lámina y adobe y las residencias de concreto [...] y era todas las losas de todas las voces [...] (p. 546).

La transparencia personal de Ixca incluye la Ciudad de México con todo lo que contiene en espacio y tiempo. Como medio narrativo y ente plural, Ixca se hace cargo de reunir los fragmentos de varias vidas y de canalizar las visiones heterogéneas de la Ciudad hacia un centro mexicano extratemporal. El afán de Ixca de revivir la historia de México se concretiza sobre todo en su capacidad de incorporar en sus visiones los conceptos y símbolos de la cultura prehispánica. Al contemplar p. e. el Zócalo, Ixca abandona la escena de la acción actual para encontrarse nuevamente en el ambiente azteca.⁴⁸ Pero la supervivencia del pasado mexicano en la vida contemporánea de la Ciudad no se fundamenta en una experiencia estable. Siendo un ente onnisapiente, Ixca también representa un aspecto de fatalidad como lo sugiere su apellido Cienfuegos. Sus visiones históricas ya respiran un elemento de fracaso. La historia de México está llena de muerte fratricida o ritual y de traiciones. Son los héroes muertos y vencidos los que determinan la historia de México (p. 546). Además Ixca es un solitario en un mundo sin armonía (p. 169). Cuando pasea por las calles de la Ciudad, sabe que sus visiones aztecas permanecerán ilusorias porque no encuentran una correspondencia palpable o concreta:

En la cima de la aurora, Ixca Cienfuegos caminaba entre los miembros sin coyuntura del esqueleto de México, Distrito Federal, de la fortaleza roja de las Vizcaínas al tépamo de cemento y baratijas de San Juan de Letrán [...] (p. 458).

48 El carácter indígena de Ixca y sus visiones aztecas se describen y se citan en Joseph Sommers: "La búsqueda de la identidad: *La región más transparente* por Carlos Fuentes", en: Helmy F. Giacomani, *Homenaje a Carlos Fuentes. Variaciones interpretativas en torno a su obra*, México 1971, pp. 275 - 327, aquí p. 301.

Ixca reconoce que su intento de recuperar el pasado es infructuoso. Su concepto de identidad mexicana fracasa finalmente así como el idealista Zamacona, que da con una muerte sin sentido, y como Robles, que pierde su posición de alto cargo. Reorganizar la vida urbana y definir la nación mexicana, estas pautas se reducen aparentemente a una sola cuestión y a una infinidad de respuestas. Ninguna de ellas puede pretender ser verdadera. Zamacona lo vislumbra cuando descubre la multitud de verdades contenidas en las cosas (p. 396). Por eso tampoco Ixca puede decir que México no tiene memoria. "Todo vive al mismo tiempo" (p. 546). La pluralidad lleva consigo la nivelación de valores idealistas y del actuar egoísta o tecnocrático. La pérdida de la historia y de una verdad de orientación acaba por dar entrada a una expectativa apocalíptica. También aquí resuena el pesimismo de Yáñez, que parece fijar la ruinoso existencia de la capital: "Ciudad sin cabos - recuerdo o presentimiento -, a la deriva sobre un río de asfalto, cercana a la catarata se su propia imagen descompuesta" (p. 458).

VI. Conclusión: El reinado del anonimato

En la historia de la capital ha confluído un conjunto de varias figuras y conceptos que se excluyen o relativizan mutuamente. Los diseños literarios de la capital que esbozamos aquí con rapidez, lo confirman. En el siglo XIX la utopía de la hispanidad cede el paso a la fe optimista de lo mexicano. A comienzos del siglo XIX la reorganización patriótica halla su continuación en la evocación de las ideas reprimidas de un nuevo mestizaje. Esta última creencia en un principio unificador se ve denunciada por las recientes descripciones desilusionadas, que descubren en México los fenómenos desintegradores de una megalópolis. En la Ciudad fuera de quicio, la urbanización, la masificación y la enajenización se convierten en experiencias idénticas debidas a una nivelación total. Resulta lógico que el tema del Apocalipsis urbano haya su entrada en la literatura y crítica de hoy.

Sin embargo, la perspectiva de la decadencia no constituye el punto final en el destino de la Ciudad. Al final de la novela de Fuentes, Ixca nombra en una obsesión enumerativa a todos los individuos que definen o constituyen un elemento de la identidad mexicana. Entre los personajes históricos que nombra figuran aquellos a los cuales se dirige de "tú". Esta masa indiferenciada que compone el tú anónimo, es portavoz de una mexicanidad sin nombre. Vive con sus "máscaras superpuestas" trazando una línea viva desde los tiempos precortesianos hasta nuestros días (p. 547). El tú anónimo ha de-

mostrado su capacidad para sobrevivir, pero su falta de nombre de condena a refugiarse en una ciudad que sobrevivirá como sus habitantes a pesar de sí misma.⁴⁹ Queda pues una esperanza metropolitana que rompe los lazos con la tradición. Sólo mediante las citas persisten modelos precedentes de la grandeza mexicana. Perdieron su fuerza persuasiva para retrotraer el destino de la Ciudad a un principio anónimo de la masa que con sus máscaras desmiente una individualidad particularmente mexicana. El lugar mismo lo expresa, como Fuentes lo hace ver en *Agua Quemada* :

El lugar. No tuvo nombre y por eso no tuvo lugar. Otras colonias fueron nombradas. Esta no. Como por descuido. Como si un niño hubiera crecido sin ser bautizado. Peor tantito: sin ser nombrado siquiera. Fue una como complicidad de todos. ¿Para qué nombrar este barrio? (p. 97)

"La máscara del anonimato" (*La región*, p. 59) no puede garantizar más una vida humana. Pero en ella se vincula una última esperanza que es formulada por el intelectual Zamacona. Se trata de hacer de una debilidad una bendición. La historia de México lo ilustra, y la literatura que limita el pasado a la mera cita lo indica: "La derrota de México [...] nos lleva a la verdad, a los valores, al conocimiento de las limitaciones apropiadas para el hombre de cultura y buena voluntad."⁵⁰

El pasado ya no es una autoridad que salva a la capital. En lugar de esto se trasmite en él un elemento del anonimato que es víctima del ocaso y que pide su supervivencia mediante un llamamiento moral.

Lo que se perfila en las novelas de Yáñez y Fuentes, hoy día se pone de manifiesto con mayor insistencia en un género que recoge la tradición de la crónica. Las crónicas de México escritas por Carlos Monsiváis o Elena Poniatowska dan voz a los sentimientos colectivos. Si Monsiváis critica el estado de morbilidad en México oponiéndose al paternalismo y presidencialismo de la clase dirigente⁵¹, persigue la idea de un avance civil que, esta vez, se comprende como movimiento popular y como democracia desde abajo. "El México de masas y desempleo" está llamado para tomar una conciencia cívica y para llevar a cabo lo que una política centralista y tecnocrática no logró realizar.⁵² La literatura de la Ciudad y la crónica actual con-

49 Tal es también la conclusión a la cual llega Sommers en su ensayo, op. cit., p. 326.

50 Citado en Sommers, op. cit., p. 326.

51 Carlos Monsiváis: *Entrada libre*, México 1987, ³1988, p. 13.

52 Carlos Monsiváis: *A Ustedes les consta*, México 1980, ³1987, p. 76; Elena Poniatowska: *Nada, nadie. Las voces del temblor*, México 1989; *La noche de Tlatelolco*, México 1971, ⁴⁶1988, p. 53.

cuerdan en este objetivo de valorizar la voz de los individuos debiles y sin nombre.⁵³ Nace finalmente una nueva y última utópia de la Ciudad que, después de las visiones hispánica, mexicana o criolla de los tiempos anteriores, busca su legitimidad en sentimiento de solidaridad entre el conjunto anónimo de los mexicanos.

53 El lo que concierne a la literatura testimonial y a la afinidad entre literatura y crónica, véase a Carlos Rincón: *El cambio actual de la noción de la literatura en Latinoamérica*, Bogotá 1978.